

*aclamaciones continuas.*) Todo ha pasado; Francia es una República, Italia una nación, el Austria antigua un espectro, Hungría la señora de sus señores, Sicilia un pueblo libre, y en el Norte de Europa y en el Norte de América, se han roto aquellas cadenas de la servidumbre que tenían la virtud de atraer el rayo y llenar al mundo con sinistros rumores revolucionarios. Todo esto ha concluido; y á medida que concluye el mal, concluye también el heroísmo. Cuando una sociedad cambia de complexión, es inútil querer devolverle por ningún medio la complexión antigua. Las especies desaparecidas no aparecen jamás en la naturaleza. Pasó la época de las revoluciones como ha pasado la época de los descubrimientos. Con esos inmensos buques de hierro, movidos por máquinas de tan gran potencia, como un volcán artillado, de capacidad tal, que embarcan miles de pasajeros, cientos de tripulantes, no se descubre nada; mientras que á la sombra proyectada por las pobres urcas de Colón, surgen nuevos mundos, y al paso de la *Santa Cruz*, que llevó sobre sus tablas á Magallanes, se abren los continentes y se pueblan en florecencia luminosa de nuevas constelaciones los espacios. (*Ruidosos y continuos aplausos*).

A la revolución ha sucedido la evolución. Y la evolución es una ley de la lógica, donde las ideas se sistematizan en series encadenadas, es una ley del cielo donde los astros se condensan en torno de su núcleo y se redondean en esos esferoides, que parecen gotas de luz sobre una flor azul, á virtud de millares de siglos; es una ley de la naturaleza orgánica, donde los organismos se enlazan unos con otros en tales términos, que forman como no interrumpidos eslabones: es una ley de la tierra donde no se han tendido los océanos y levantado los montes y florecido los valles, y animado las criaturas en un solo día, y entre súbitas y temerosas catástrofes llenas de inesperados milagros, sino merced á acciones y reacciones químicas, á efectos del agua, á corrientes de la electricidad, á trabajos vitales, á

impulsos de las fuerzas creadoras, á combinaciones varias de una lentitud tal, que no puede apreciarla el cálculo, como no puede medir la inmensidad de los espacios el pensamiento; y si la evolución es una ley de la idea y de la lógica, del cielo y de la tierra, es una ley también de la sociedad transformada por obras de innumerables siglos y convertida en humana y justa merced á una larga y constante y no interrumpida creación. Yo siento que la poesía de otros tiempos se desvanezca; que las barricadas, fulgurantes como un Sinai, se hundan; que los días creadores se acaben; pero en cambio debo daros una buena nueva; donde se acaban los días de revolución también se acaban esas noches de reacción, los golpes de Estado, las deportaciones, las venganzas sociales, las ruinas en un día de todas las reformas, el terror blanco, lo que más ha deshonrado á nuestra generación y ha oscurecido su historia. (*Aplausos.*) Pero, señores, la revolución por arqueológica que sea, puede volver, si la sociedad la necesita. Y así como la imprudencia de las democracias progresivas puede traer la reacción, solamente la ceguera de los elementos conservadores puede despertar las revoluciones.

Después de todo, esta es una sociedad antirrevolucionaria, porque esta es una sociedad democrática. La democracia ha construido el mundo que habitamos; y no quiere comprender cómo se han marchado los monstruos mismos á quienes ha hecho implacable guerra. Comparad la sociedad de hace veinticinco años en que yo me presenté aquí por la vez primera, solicitando vuestros sufragios, con esta sociedad de ahora. Entonces las instituciones antiguas, engreidas con su no interrumpida posesión en este suelo; y hoy el principio de la soberanía nacional rigiéndolo y dominándolo todo. Entonces la censura eclesiástica sobre el libro; y hoy el pensamiento libre como la luz y como el aire. Entonces las reuniones públicas apenas permitidas á los electores; y hoy las reuniones públicas consideradas como un derecho peculiar á todos los ciudadanos. Entonces

una ley de imprenta que no permitía respirar casi á las almas; hoy la última ley contra la imprenta, que es posible entre nosotros, caída en desuso. Entonces las deportaciones á Filipinas y las cuerdas á Leganés; hoy cada hogar considerado y ungido como un verdadero santuario. Entonces la intolerancia religiosa y hoy la libertad religiosa. Entonces un ejército que servía ocho años y hoy un ejército que sirve dos. Entonces los Ateneos cerrados al menor vuelo del pensamiento y hoy las Universidades libres, abiertas de par en par á quien desee concurrirlas. Entonces los republicanos como yo tenidos por locos y hoy tenidos por reaccionarios. Entonces la esclavitud, la trata; hoy la abolición. ¡Ah! la sociedad es nuestra; completamente nuestra; la sociedad es democrática, completamente democrática, y no es nuestro, no es democrático el organismo externo de esta sociedad; no es nuestro, no es democrático el Estado. ¿Por qué no es democrático el Estado? Porque nosotros nos hemos empeñado en que este organismo ha de ser una máquina sin compensadores y la sociedad se empeña por su instinto de conservación en que este organismo ha de tener una compensación incontrastable. Prometed, asegurad, cumplid, que la democracia será conservadora; ya vereis cuán pronto en la realidad surge la democracia. Prometed asegurad, en la oposición, que el Estado democrático atenderá á lo circunstancial, á lo transitorio, á cada día, mejorando, no destruyendo, y vereis como el Estado se funde y se convierte en la forma propia de esta sociedad liberal democrática y republicana en esencia. (*Universal asentimiento.*)

Si quereis esta transformación, una vez reconocido todo cuanto de nosotros pide con grandes instancias el ideal, hay que reconocer todo cuanto de nosotros pide con grandes exigencias la realidad. Solamente las generaciones prehistóricas habrán podido encontrarse con una sociedad primitiva y nueva; las demás generaciones se han, por su bien ó por su mal, encontrado con sociedades de antiguo ya

formadas. Una generación puede modificar una sociedad, no puede destruirla para de nuevo crearla; como no puede un anatómico destruir los organismos vivientes y separar sus huesos y sus miembros y sus humores para luego recomponerlos y mejorarlos. Colocará un esqueleto más en cualquier museo; no lanzará un ser animado en los mares de la vida. Y nosotros, venidos tarde al mundo, estamos en una de las sociedades más seculares y más históricas del planeta. Si queremos hacerla puramente racional y científica, nos vendrá, como si quisiéramos hacer el aire todo de oxígeno puro, nos vendrá la muerte. Y entre los elementos perdurables de nuestra sociedad, á la cabeza de todas sus tradiciones, se halla el elemento religioso. No quiero una República jesuítica, ultramontana, intolerante como las Repúblicas del Ecuador y de Guatemala en otros tiempos; mas tampoco quiero una República sistemáticamente hostil á la Iglesia católica. Los estadistas que se creen capaces de sustituir sus creencias propias á las creencias seculares de la sociedad, se parecen al hombre que creyera sustituir con su mirada el día y con su aliento el aire. Que la Iglesia no espere de nosotros nada contrario á la libertad de las libertades, á la libertad de cultos; pero que la sociedad no espere de nosotros guerras implacables y sistemáticas á la Iglesia. No aspiremos á tener dogmas propios con que sustituir sus dogmas eternos; consuelos individuales con que reemplazar sus consuelos místicos; procesiones cívicas comparables á sus fiestas poéticas y sus letanías maravillosas; esperanzas que dar ante el cadáver de los seres queridos y muertos como sus esperanzas de resurrección, ideales que puedan ponerse frente á sus vírgenes ceñidas de estrellas y calzadas de lunas; himnos parecidos á sus salmos; llamas cual las llamas de sus lámparas, á cuya luz van las plegarias y oraciones en guisa de espirituales mariposas; alturas que poner junto á sus templos, donde los muertos duermen tranquilos el sueño de la eternidad, y los ángeles cantan, y los iris del cielo tendidos

sobre las cúspides de los tabernáculos, y las aureolas de los santos, calman las tempestades del corazón humano, y los acentos del órgano anticipan la audición de las armonías celestes, y las nubes de ideas mezcladas con las nubes de incienso prometen la inmortalidad á nuestra frágil vida y á los ojos de nuestro espíritu, cansados de buscar inútilmente lo perfecto en el mundo, anticipan la visión beatífica del Eterno en toda la plenitud de su ser, y todo el esplendor de su gloria. (*Ruidosos y profundados aplausos.*) Si hay dos tradiciones inseparablemente unidas en la Historia, es la tradición de la forma republicana y la tradición del espiritualismo cristiano. ¡Ah! No es cierto que solamente á la sombra del Olimpo y á la sombra del Capitolio broten las Repúblicas necesitadas en su variedad infinita de los dioses múltiples y personales de las teogonías antiguas. Los profetas hebreos me parecen tan republicanos en su templo como los oradores helenos en su Agora; y las tribus del Dios único preceden á las ciudades del hombre emancipado. Frente al cesarismo antiguo no se levantó más protesta que la República de Cristo: en el diluvio de la irrupción bárbara contra el arrianismo de los ostrogodos de París y Milán, ó el bizantinismo de los exarcas de Rávena, ¡oh! no hubo más tribunado republicano que la federación de los obispos con el Pontífice á su cabeza. El imperio romano resucitará bajo el manto de los césares alemanes, á no contrastarlo el sentimiento güelfo de Italia y las legiones republicanas de la Liga lombarda, encabezada y bendecida por Alejandro III. Desde las tres iglesias de Asís, al par que se oyen los ecos del Ave-María, repetidos por todos los campanarios de la cristiandad cuando el último rayo del sol muere en las montañas de Umbría y la primer estrella surge en los cielos, se ve también extenderse, por medio de la palabra del segundo Cristo, contra la sociedad que alimenta la guerra perpetua y mantiene la horca feudal, una democracia cristiana, la cual robustecerá los municipios y los immortalizará con sus coros de artistas. El cristianismo

democrático de Suiza salvará la confederación y la preservará de caer en el protestantismo oficial y monárquico de Lutero y en las garras de los reyes, de los margaves y de los duques saboyanos y germánicos; y la democracia de América, la que despertó con sus corrientes de electricidad á la democracia de Francia, no hubiera existido jamás sin aquellos peregrinos religiosos que buscaban por las aguas del Océano Atlántico un seguro para su conciencia, como los israelitas por las aguas del mar Rojo un templo para su Dios, y al huir de los Estuardos como aquellos de los Faraones, fundaban una tradición tan viva, que Lincoln, el último y el mayor de los puritanos, mártir sublime, murió en el día postrimero de la esclavitud, no solo por el honor de la República, sino también por la letra del Evangelio.

No hay medio de contrarrestar estas grandes corrientes, y quien lo intenta, concluye por caer en ellas y ser por ellas arrastrado. El clericalismo, el jesuitismo, el ultramontanismo, las mayores calamidades de la libertad, crecen y se agrandan á medida que las democracias desconocen la fuerza y combaten la virtud del sentimiento religioso. Curados nosotros de estas supersticiones decimos que en nuestro amor á que el ideal religioso quede libre de toda fuerza coercitiva, marcharemos hacia la separación de la Iglesia y del Estado, pero sin renunciar en este largo período de transición al patronato antiguo y sin abolir el presupuesto eclesiástico, dejando en cumplimiento de nuestros principios á las órdenes monásticas, como á todas las demás corporaciones sociales, su derecho de asociación completa. Y esto último es tanto más necesario, cuanto que, por una de esas reacciones increíbles, pero frequentísimas, el principio de emancipación religiosa sufre un retroceso, como lo muestra la prisión del jefe de los ritualistas en Inglaterra, el movimiento antisemítico en Alemania, la negativa de los rumanos á emancipar á sus judíos de Oriente, los artículos adversos á los irlandeses católicos en América, las medidas cesaristas contra la Iglesia en Pru-

sia, todo lo cual nos mueve á invocar los orígenes divinos de la conciencia y sus derechos eternos á la libertad y á la vida. (*Grandes aplausos.*)

Y lo que decimos de esas instituciones, decimos de otras, no menos indispensables á la sociedad de nuestros días. La previsión mayor no adivina que pueda existir un Estado moderno sin un ejército numeroso. Lo tiene la República francesa en mayor número que jamás lo tuviera el imperio, lo tiene Suiza, cuyos hijos son militares al mismo tiempo que ciudadanos; y á nuestros ojos la gran República americana llamó y armó un día dos millones de infantes y quinientos mil caballos. El ejército español, sobrio en sus gustos, sufrido en sus trabajos, impetuoso en el ataque, tenaz en la resistencia, con aptitudes únicas para desafiar las inclemencias de los cielos y las iras de los combates, ese ejército, que ha sepultado el negro pabellón de D. Carlos en la última guerra-civil y ha mantenido la unidad nacional en sus épicas excursiones por las Antillas, formado con los hijos del pueblo, no puede ser enemigo del pueblo; y cooperador primero á la fundación de nuestro régimen constitucional, no puede ser enemigo de la libertad; por lo cual su existencia y su disciplina son tan necesarias á una buena política democrática como la reconciliación del capitalista y del trabajador es necesaria á una buena economía política; que de todas estas sabias combinaciones se compone una verdadera sociedad.

Credlo; un Estado sistemáticamente adversario de la Iglesia; un Estado exclusivo para los propietarios ó exclusivo para los trabajadores y no armónico entre propietarios y trabajadores; un Estado que quiera prescindir de la fuerza militar; un Estado que intente adelantarse á su tiempo, será un Estado dictatorial ó un Estado anárquico, pero no puede ser un Estado democrático, porque toda violencia se resuelve al fin ó al cabo en convención ó en cesarismo. No os amedrente y no os extrañe la coexistencia de instituciones á primera vista contradictorias, que de estos contrastes

se compone la vida. No sabemos cuanto puede haber servido á la perpetuidad de las libertades inglesas el apego del pueblo inglés á la tradición; no sabemos cuanto habrá contribuido á democratizar á Francia su uniformidad militar y administrativa de todo en todo opuesta á las exigencias de una verdadera democracia; no sabemos si Italia hubiera desplegado ese genio diplomático y político de primer orden á tener mayor fuerza militar; y en España sabemos de cierto que sin Daoiz y Velarde en el 2 de Mayo, sin Riego en las Cabezas, sin Espartero en Valencia, sin O'Donnell en Manzanares, sin Prim y Serrano en Alcolea, jamás hubieran existido y desarrolládose como existen y se han desarrollado nuestras modernas libertades. (*Grandes aplausos.*)

Vosotros, aragoneses, vosotros podeis comprender esto mejor que ningún otro pueblo, porque vosotros sois el término sintético entre el espíritu de las provincias del Norte y el espíritu de las provincias del Mediodía. Como ha pasado á verdadero axioma histórico la idea de que la civilización sigue el camino del sol, de Oriente á Occidente, ha pasado á verdadero axioma histórico que las playas mediterráneas se abren á todos los adelantos y las montañas vascas y navarras se alzan para todas las resistencias. En efecto, no se puede negar que las provincias del Mediodía prefieren el progreso á la estabilidad, y que las provincias del Norte prefieran la estabilidad al progreso, mientras estas provincias de Aragón forman á virtud de la levadura dejada en ellas por sus antiguas libertades, la síntesis entre el progreso y la estabilidad. Así, en todos los grandes trances de las instituciones progresivas, lo mismo el año 43 que el año 56, lo mismo el año 56 que el año 73, vosotros habeis representado la fidelidad á la desgracia el más noble y más generoso de los humanos sentimientos. Así en nuestra última crisis el carlismo se alejaba de aquí, ahuyentado por vuestro amor á la libertad, y el cantón no se atrevía, no, á poner aquí su audaz enseña, combatido y alejado por

vuestro amor á la estabilidad. (*Ruidosos y prolongados aplausos*).

Jamás se cansa el ánimo de admirar vuestra gloriosa historia. Verdaderamente, cuando se atraviesan las aguas del majestuoso río que ha dado su nombre antiguo y dará su futuro nombre á todo el pueblo ibero; y através de las enramadas se ven á lo lejos los monumentos que ilustran y embellecen á la mayor moralmente de las ciudades modernas, á la inmortal Zaragoza; y se entra en estas montañas, de cuyos riscos fluye el río Aragón, donde templaban su sed nuestros padres, los primeros cruzados de la libertad y de la patria, recludos en veinte leguas hace mil años para extenderse al poco tiempo en una carrera de victorias inmarcesibles desde Barcelona á Valencia, desde Valencia á Mallorca, desde Mallorca á Cerdeña, desde Cerdeña á Sicilia, desde Sicilia á Nápoles, desde Nápoles á Atenas, desde Atenas á las puertas mismas del Asia, el corazón se dilata y entre tantas grandezas, los ojos del alma ven la nación construida, no por pactos arbitrarios é inútiles, por la comunicación entre las pasadas generaciones y las presentes, con huesos de nuestros mártires, con sacrificios de nuestras ciudades, con holocaustos como vuestras grandezas, en guerras que han llevado la sangre de nuestros progenitores al centro mismo de la tierra, y han hecho de esta España, nuestra santa madre, por cuya integridad, por cuya unidad, por cuya perenidad sagrada, eterna, indisoluble, darán ahora y siempre todas las generaciones su existencia, si preciso fuera, y la existencia de sus hijos; que, así como no hay árbol sin raíces, no hay vida sin patria. (*Frenéticos aplausos*).

Vosotros teneis derecho á todo lo que pueda enriquecer y hermostear esta provincia, que amais con el mismo entusiasmo que á la gran nación. Y yo, aspirando á representaros en el futuro Congreso de diputados, si alcanzara honor tan apreciable, cooperaría con todas mis fuerzas á vuestros nobles propósitos. Un problema embarga vuestra mente

con embargo exclusivo; y es natural, porque á él fiais el desarrollo de vuestro comercio, ya floreciente y la aproximación de vuestro país al centro de Europa: el ferrocarril por Canfranc. (*Aplausos*.) Como los Alpes se han abierto por Mont-Cenis y por el San Gotardo, es necesario que los Pirineos se abran por Navarra, por Aragón, por Cataluña. (*Aplausos*.) Como existen los dos ferrocarriles extremos que por Figueras é Irún llaman á la frontera, es preciso que existan todos los ferrocarriles centrales indispensables á nuestra comunicación estrecha con Europa. Pero, entre estos ferrocarriles, ninguno tan fácil, ninguno tan económico, ninguno tan breve, como el ferrocarril que, empalmado en esta ciudad, debe desembocar en Francia, por Canfranc. (*Ruidosos aplausos y aclamaciones fervorosas y continuas*.) El cielo nos libertará sin duda de una nueva guerra civil, como la primera que salpicó de sangre nuestra cuna inocente, y la segunda que salpicó de sangre nuestra edad madura. Y en ese tiempo, ocupadas las crestas del Pirineo en Cataluña, en Navarra, en Guipúzcoa, por las huestes carlistas, que cumplían su terrible ministerio, de incomunicarnos con la civilización europea, el único camino terrestre por donde podíamos pasar al centro de nuestro continente era ese camino, que, en premio á vuestros servicios, debe cruzar ahora la vía férrea. (*Prolongados aplausos*.) La influencia natural que me dan mi historia y mi posición; la palabra humilde que me diera el cielo y el voto público que vosotros vais á darme, todo estará en el próximo Congreso á servicio de vuestros intereses legítimos y todo contribuirá al logro de vuestras legítimas y constantes aspiraciones; yo os lo prometo. (*Grandes aplausos*).

He concluído: hace veinticinco años que aspiré á representaros cuando apenas tenía veintitrés de edad. Entonces os dije estas palabras que me recuerda mi memoria incansable: «recibí como todos, de Dios mi pobre inteligencia, y la recibí aunque pobre, para la humanidad. Pienso conservarla sin mancha para que no se aparte de su origen y con-

sagarla á la democracia para que no falte á su objeto.» Vosotros, representantes de la lealtad española, podeis decir que durante ese largo periodo, lo mismo en la prosperidad que en la desgracia, lo mismo en las cumbres del poder que en los ásperos trabajos de la oposición, halagado por unos y herido y calumniado por otros; en alas de una popularidad inmensa y víctima de injustas acusaciones, un sentimiento ha poseido toda mi vida tan varia y me acompañará hasta la muerte, el amor inextinguible á la libertad, á la democracia y á la patria. He dicho. (*Ruidosos aplausos. Vivas é incesantes aclamaciones que se repiten y prolongan*).

## INCIDENTE

sobre la supresión en el Reglamento de los artículos  
relativos al Juramento

Sesión del 21 de Septiembre de 1881

Señores, pocas palabras, por haber agotado bajo su aspecto constitucional y bajo su aspecto parlamentario, con su incomparable palabra, la cuestión mi amigo el Sr. Martos. Decidido por impulsos incontrastables de mi corazón y por convicciones arraigadisimas en mi pensamiento, á no tener dificultades de ningún género con Ministerios como ese Ministerio, que, conservando los principios fundamentales de toda sociedad, quiere aplicar las reformas pedidas por el espíritu moderno, deploro verme obligado, á la primera hora de una Cámara en cuyo seno me corresponden la reserva y el silencio, por compromisos de mi honor y por recuerdos de mi historia, los cuales imperan con imperio absoluto sobre mi voluntad, á repetir protestas contra ese acto del juramento, por considerarlo atentatorio á los derechos del alma y depresivo para la majestad del legislador. Si me hallara entre representantes de aquellos en quienes por virtud de un orden de ideas, muy respetable ciertamente, pero muy opuesto al orden de nuestras ideas, predomina la superstición que cree á los Estados con fa-